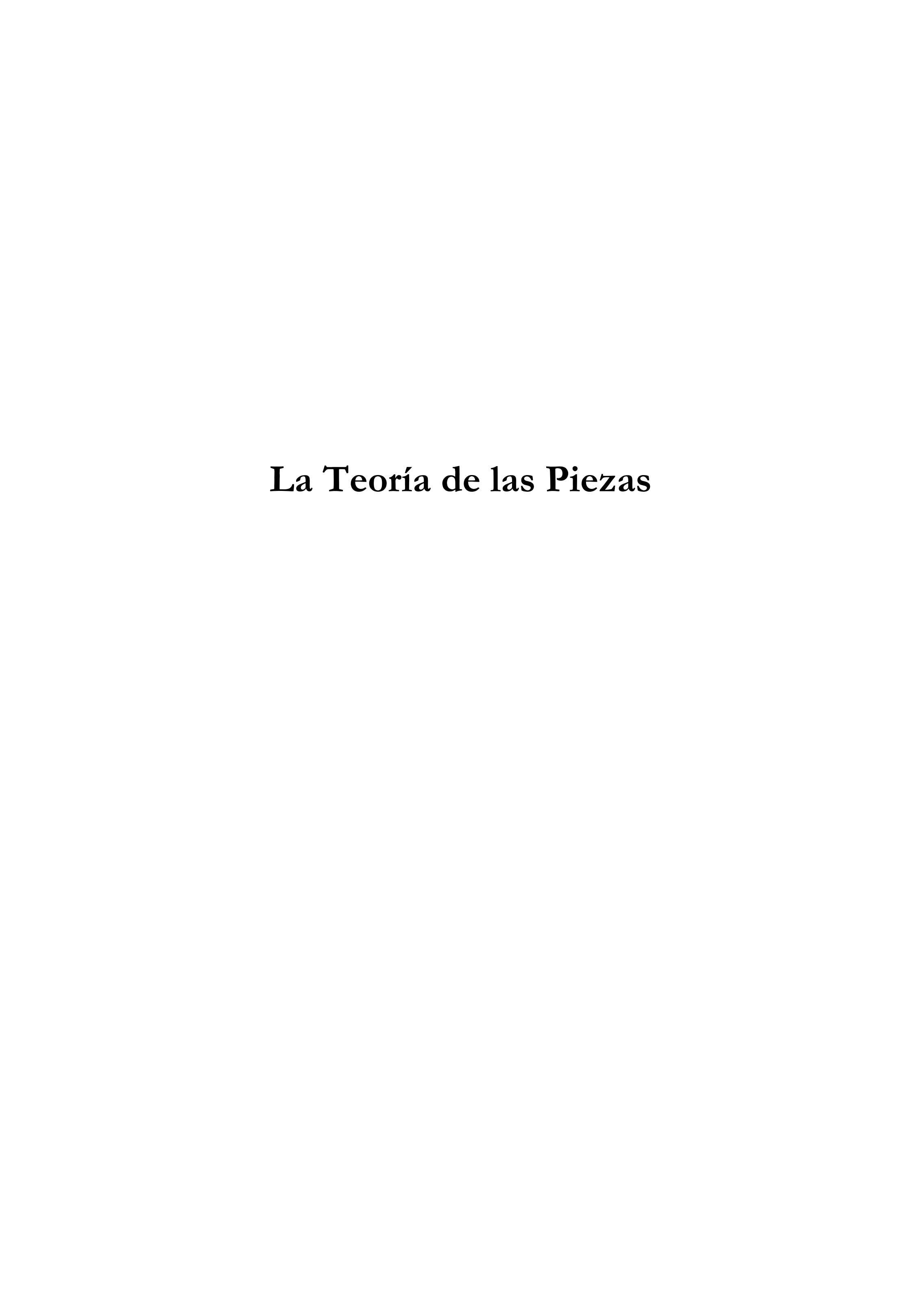

La
Teoría
de las
Piezas
ROBERTO MELENDEZ



La Teoría de las Piezas

Melendez, Roberto Agustin

La teoría de las piezas / Roberto Agustin Melendez. - 1a ed. - Florencio Varela : Roberto Agustin Melendez, 2020.
296 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-86-6869-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Biográficas. I. Título.
CDD A863

Diseño de tapa e ilustraciones: Florencia Gimeno

Primera edición: noviembre 2020

Edición del autor

Instagram: @maxy_melendez

https://maxymelendez.wixsite.com/maxymelendez

maxymelendezbu@gmail.com

Derechos legales reservados. Prohibida la reproducción total o parcial -por cualquier sistema- sin autorización escrita del editor.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina
© 2020

ISBN 978-987-86-6869-7

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA

Agradecer a mis amigos, que sin entender de qué se trataba todo esto, se mantuvieron firmes a mi deseo y confiaron en que podía hacerlo posible. A mi tío Juan y a mi prima Flor por aparecer en el momento justo y haber generado con esta obra una conexión sinérgica de tal magnitud, al punto de atribuirse como propias cada una de las historias. A mis hermanos, mi mamá y mis sobrinos por ser el camino y acompañarme en todas mis decisiones. A mis referentes de la escritura por el apoyo, el impulso y la motivación constante.

Este libro está dedicado a esas personas que quizás -como yo- por no percibirnos de la misma forma que el resto, sentimos que no somos "normales" y creemos que existe algo irreparable y desacertado manchando nuestra esencia. Decirles/nos que sí, que *eso* que sentimos presente y nos entorpece a cada momento, habita en nuestra sangre. Pero no es nuestra sangre.

Es momento de depurar nuestras arterias, a través de las heridas que nunca nos animamos a sangrar. De usar nuestro puño y voz, así algunas palabras no quieran escucharnos, y que esas mismas otras que omitimos por tanto tiempo, nos tejan las cicatrices. De quitarnos las cadenas y derribar con ellas los muros que ocultan el trasfondo de las historias que nunca nos revelamos.

Es momento. Nos guste o no.

Deseo que lo disfruten pero, por sobre todas las cosas, que encuentren su pieza.

-Escriban-

Maxy

PRÓLOGO

La teoría de las piezas es un desafío. Si lo podés ver, lo podés transformar. Pero, ¿cómo? Nos conecta con las herencias y con el peso que cargamos en los hombros que nos aplasta pero que por algún motivo decidimos no soltar.

Empezar a recorrer sus páginas es entrar a un laberinto que te devuelve en cada esquina un espejo lleno de preguntas. Es un mundo de excesos, de heridas profundas y de desesperadas búsquedas del amor, que cuanto más insistimos en que esté a la vuelta de la esquina más se nos evidencia lo perdidos que estamos.

A lo largo del relato Maxy ve lo imperceptible, grita lo silenciado, se permite la crudeza sin romantizar. Corre riesgos que uno agradece al borde de las lágrimas. Gracias a su valentía podemos intentar descubrir qué es "el amor después del amor" o por lo menos, a qué ya no se parece más.

Es una historia de raíces y flores. Pero también de manzanas que ya no necesitan ser decoradas artificialmente para verse apetitosas.

Es un instante, la ficha que cae, toda la vida condensada en un recuerdo. Son todos los libros que leímos, las canciones de la adolescencia, las renuncias, las manos de ayuda que aceptamos recibir, el barrio, los chapes desenfrenados, los recuerdos inexistentes, el obelisco, las resacas y los futuros imaginarios que tanto daño nos hicieron.

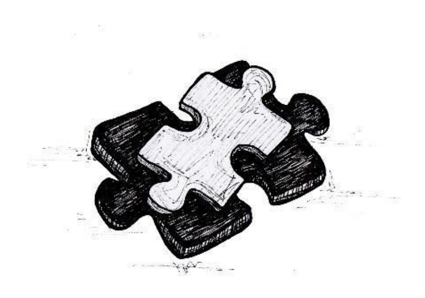
Es todo lo complejo de la vida real en palabras simples con el desesperado deseo de que una vez que encuentres tu pieza, la acaricies y la colores del rojo más brillante. Que te sientas

orgulloso y seas la prueba viviente de que existe la esperanza de una vida mejor. Pero antes, hay una pieza que encontrar y está al final del laberinto si aceptás el desafío.

Así lo sentí yo y mi cuerpo se queda vibrando celebrando la existencia del arte y de la magia de las palabras.

Vir Sammartino

Fue necesario el destiempo -y nuestro desencuentro- para aprender a habitar mi intermitente libertad.



PIEZA 1: INTERMITENCIA

Nos gustan los rotos. De alguna u otra forma los atraemos. Y no tenemos ni idea por qué. Pero cada vez que nos toca obligarnos a decirles un NO tajante como respuesta, algún que otro pretexto nos inventamos para que resulte todo en un frustrante SÍ.

Nos enamoramos de los que dicen que nos quieren, que ésa es su forma de querer, y nos terminamos enamorando de todas sus perturbadoras formas. De esos incapaces de tomar decisiones, de los que a veces sí y otras no. De los que de a ratos y de los que cada tanto también. De esos que se arman estrategias para saber si nosotros seguimos ahí, aunque no tengamos un fiel registro de que ellos hayan estado al menos una vez acá. Nos enamoramos de todo aquello que no logramos entender de esas personas. De los que nos tienen a nosotros sin siquiera tenerlos nosotros a ellos. De los que nos hacen revisar incontables veces por día el celular, para que solo nos muestren eso que justamente no queríamos ver. De los que se la ingenian para hacernos estar increíblemente en dos lugares al mismo tiempo. Acá y allá. De los que ansiamos que llegue el momento de verlos, sabiendo el sabor amargo que nos van a dejar cuando se vayan. Y también, por qué no, de los que nos dicen "preparate que voy a pasar a buscarte" y en el intento de llegar se olvidan a lo que venían, revientan su promesa en fragmentos sueltos de acciones irreversibles, fusilando nuestras horas con espera infinita y vuelven a desaparecer. Presencias ausentes que nos dejan en pausa y nos transportan hasta las ausencias más presentes que cada tanto deseamos reiniciar. Efímeros por costumbre.

Atraemos lo que llevamos dentro sin saber que lo tenemos y el contrapunto de nuestras carencias. Lo que nunca tuvimos y ansiamos conseguir. Lo que alguna vez tuvimos y mantenemos el deseo de recuperar. Eso que a veces nos pueda y otras -tal vez- nos quiera llenar espacios vacíos e inconclusos. Lo que nos arrebataron y lo que nos arrancamos nosotros mismos. El reflejo más nítido de nuestros miedos. Y no es necesario que hagamos un mínimo de esfuerzo para que lleguen hacia nosotros. Simplemente nos alcanzan, solos, atrapados en personas, como un conjunto enorme de piezas incompletas que juntas forman un acertijo que nos empecinamos en descifrar. Y cada vez que creemos completar una parte del rompecabezas, se nos desarma la otra. Pero seguimos ahí metidos, revolviendo y rebuscando en esa odisea de persona alguna pieza que encaje con una de las tantas nuestras, en este quilombo de rompecabezas desarmado. ¿Hasta cuándo? ¿Qué queremos? ¿Qué buscamos? ¿Qué pretendemos encontrar?

Las historias que menos contamos son esas que nos transportan a un universo infinito de sentimientos que solo nosotros somos capaces de volver a percibir cuando las recordamos, pero no nos resultan tan fáciles de controlar. Son aquellas que nos avergüenzan y las que nos generan una sensación inamovible de miedo. Las que hablaron de nosotros, de nuestra esencia, y que en el intento de ocultar lo que nos atravesaba nos terminaron dejando en total descubierto. Por eso muchas de ellas son las que más nos empecinamos en esconder. Pero hay algo que todas tienen en común: son espontáneas e impredecibles. Uno no se despierta un día y se dice a sí mismo "hoy tengo ganas de vivir una historia". Ni siquiera somos conscientes de que las estamos viviendo mientras ocurren. Uno cae en la cuenta de que atravesó una historia cuando ya está vivida. Una serie de acontecimientos vividos se convierten

en la historia de alguien una vez que ya se agotó el deseo, la necesidad o la posibilidad de volver a pasar por ellos. Existen historias que, incluso conociendo su inexorable final, decidimos vivirlas igual.

Las historias no se repiten. Son todas diferentes. Pero cuando perdemos algo que en algún momento fue tan nuestro, replicamos el mismo patrón de búsqueda con el fin de encontrar en ellas eso que tanto nos hace falta: nuestra pieza. Y para recuperarla, es necesario dejarse atravesar por personas.

Todas las historias nos dejan enseñanzas. Solo algunas nos aportan piezas.

Hay piezas que se disfrazan de conflictos y otras de buenas intenciones. Algunas son tan vulnerables, perceptibles, que cuando las sentimos muy cerca logran hacernos temblar de adentro hacia afuera, alertándonos de que están ahí, al alcance de nuestras manos, aunque algunas veces prefiramos simplemente postergar la alarma de un manotazo. Otras, en cambio, son más implícitas. No se dejan ver demasiado y puede que sean las más difíciles de detectar. Pero cada tanto nos dan un indicio de que también siguen ahí, expectantes de ser descubiertas. Y dentro de ellas, existen personas que las ocultan usando su risa como especie de telón para que nos cueste aún más reconocerlas.

Mientras lo tengo durmiendo al lado mío, lo miro, apago el pucho y empiezo a pensar que él podría llegar a ser una de estas tantas personas.

Sí. Hay algunas historias que incluso sabiendo cómo será su final, decidimos vivirlas igual. Pero, ¿cómo sabemos de otra forma lo que nos hace falta si no nos enfrentamos al espejo de nuestras

propias ausencias? Una parte de mí sabe cómo va a terminar esta historia. Pero otra parte se arriesga y se queda acá, abrazándolo, porque hace tiempo no siento un lugar tan mío como éste.

Hace ya casi tres meses que estamos en esto que es pero no es. O al menos no es tanto, pero sí a veces parece alcanzarnos. Las idas y vueltas que nos -me- vienen mareando en esta década de semanas me impiden parar siquiera un minuto y pensar en qué somos. Así nomás, somos. Sin necesidad de encajar ni rotular. Y estuve tanto tiempo comportándome como un recipiente seco, que ahora estoy accediendo a que las cosas se desborden sin pretender llevar el control de cada gota que derramamos. Estoy acá, viviendo este presente. Aunque cada tanto me gusta recordar esa noche en la que me enamoré a primera risa.

Nos topamos una madrugada de lunes en un subsuelo de Buenos Aires, entre mucho ruido y poca gente, cuando él estaba de visita por estos lados. Colón es una ciudad preciosa, pero las noches de Buenos Aires nunca duermen y cada tanto llega gente de muchas partes con la necesidad de mantenerse despierta más tiempo que lo que sus cuerpos soportan. Era uno de esos días en los que nada pasa, nada me sorprende y el aire está tan quieto que me hace sentir estancado. Pero a las pocas horas de habernos conocido, amanecimos tirados en el pasillo de un departamento en Corrientes y Callao mientras escuchábamos a nuestros amigos contar otra historia distinta en la habitación de al lado:

—Mati, ¿por qué me gusta tanto este chico? —¿por qué le pregunta eso a su amigo?

—No sé, capaz porque no quiso coger con vos.

—Puede ser.

Primera impresión: le gusta lo que no puede tener. Y sí, es pendejo. La segunda: mirada fija y transparente. Ojos oscuros y muy cansados. Permeables, expuestos, vulnerables, sin mostrar resistencia alguna al paso. Llenos de expresión. Por momentos tenía la sensación de que me decían "vení, pasá, ponete cómodo y ayudame a arreglar este quilombo porque yo ya no sé qué más hacer". Algo querían que supiera, eso era seguro. Podía percibirlo así nomás en cada cruce de miradas que nos sorprendía acuchillando el aire. Hay personas que se dejan ver a través de sus propios ojos y esa noche había algo que ya tenía claro: ésta, era una de esas personas. La tercera impresión que me llevé fue la que más me cuesta devolver a su lugar: su risa. Se reía mucho, a carcajadas, continuamente y por cualquier cosa. A veces parecía que se reía más de lo que en realidad sus ganas querían. Y cuando ya no podía brotar por sí sola, se las ingeniaba para inventarse una. No entendía si lo hacía de pendejo que era, o si era de esas personas que intentan usar su risa como especie de telón para tapar un escenario repleto de fantasmas que se esconden detrás. De esas que la usan como escudo por si a alguien se le ocurre asaltarlas desprevenidamente con un ¿cómo estás? ¿cómo te sentiste hoy? ¿cómo andan tus cosas? Quizás era un conjunto de todas, pero en fin, no paraba de reírse ni por un minuto. Y eso empezaba a gustarme cada vez más.

Al día siguiente se volvió para Colón. Quedamos en vernos otro día: "Dale, vamos viendo", "arreglamos". Cosas que se dicen y jamás suceden. Y mi vida siguió sin darle mucha importancia al asunto. Pero repito: las historias son espontáneas e impredecibles.

Ni siquiera tomamos consciencia de que están ahí, sucediendo a cada momento mientras las estamos viviendo. Permanentemente nos dejamos atravesar por historias. El tema es que, a veces, incluso tomando conciencia de esto, nos resulta imposible la tarea de controlarlas. Y como resultado de eso, a los pocos días estaba arriba de un micro con destino a Colón sin saber qué me esperaría cuando ya estuviera abajo. Pero ser vulnerables se trata justamente de eso. De no saber qué respuesta vamos a tener del otro lado, y tirarse igual.

Día nublado, frío, mucho viento y barro por donde pisara. Así me recibía Colón en pleno julio. Entramos a su casa y en ese preciso instante comencé a sentirme apartado de esas cosas que todavía cargaba y me atribuía. Aislado del trabajo, los exámenes y de esa culpa que hacía semanas me venía quemando la cabeza, quitándome desde el sueño hasta las ganas de seguir despierto. A veces con la cara pegada a la almohada y muchas otras más anclada al techo.

Le saco el buzo, él mi campera, me anticipo a su remera y cuando intenta quitarme la mía pierde y me lo sirvo desnudo. Tiene tatuajes y lunares. Me mira, me sonríe, y apenas me toca empiezo a perder la pulseada. Me abraza mientras estamos tirados en la cama con los ojos apagados y el silencio empieza a hacer estragos con nosotros. No entiendo bien qué está pasando. Hace una hora atrás nada de este lugar me importaba, mucho menos él. Ahora, no quiero perderme de ningún detalle.

Sentía como si nos conociéramos hace tiempo. No sabría afirmar cuánto. O quizás de antes, de otro tiempo distinto a éste. Una especie de atracción espontánea que no se explicaba pero que tampoco me interesaba demasiado entender. El afuera no existía. Ni siquiera se lo escuchaba. Y cuando el afuera de repente se apaga es porque algo está empezando a hacer demasiado ruido dentro.

Suena Carla Morrison: "Te regalo las piezas que a mi alma conforman".

Suena él: "Maxy, me gustás muchísimo. Me parece que me agarraste en un momento bastante débil".

Suena Harry Styles: "Es una señal de los tiempos".

Suena él otra vez: "Yo quiero que vos seas mi novio", me apuñala con sus ojos no tanto con sus palabras.

Se había desvirtuado cualquier correlación posible entre tiempo y espacio. Era una locura. Para nosotros, nuestro tiempo no se medía en horas, sino en esos inagotables instantes en los que uno se perdía en el otro. Y el espacio, se trataba de cualquiera en el que pudiéramos estar juntos. Nos permitimos sentir demasiado. Se nos fue de las manos. Pero al menos, hasta ese momento, los dos habíamos decidido seguir ahí, en esa especie de micro universo que creamos con su propio tiempo y espacio que hoy parece desarmarse poco a poco en piezas de plástico imposibles de volver a ensamblar.

Colón me murmura un hasta luego y me despido de Marcos. Subo al micro y me suena el celular. "Necesito que nos veamos". Y vuelven los fantasmas.

Mientras me voy acercando desde lejos al Obelisco, siento como si ese micro universo nunca hubiese existido. Vuelvo a pisar tierra: tengo apuntes de la facultad amontonados en el piso, dos celulares que no dejan de sonar en ningún momento. Tampoco cuando termino de trabajar. Me siguen llegando papeles por debajo de la puerta. A veces son facturas que tengo que pagar. Otras son deudas que todavía no encuentro la forma de saldarlas. Cada vez que las abro y las leo, no puedo evitar sumergirme en un inagotable remordimiento. Yo no tendré la más puta idea de qué será ser feliz, pero se supone que no deberíamos mantener la vista en el cielo para poder serlo. Tendríamos que poder ser felices acá, en la tierra que siempre pisamos, ya sea por elección o porque nos toca pisar. Definitivamente, necesito que el mundo pare. Que pare y me dé un minuto de su tiempo para empezar a vivir el mío. Para pensar por qué estoy haciendo lo que hago. Si lo hago porque quiero o porque la inercia de este mundo me lo exige en cada giro que pega y me voltea cuando vuelve a girar. Pero el mundo no se detiene: acelera, hace oídos sordos y me sigue arrastrando hasta su cornisa. Entonces, me vuelve a la cabeza algo que yo mismo me había prometido hacía solamente unas semanas atrás: "De ahora en más, cada cosa que haga en esta vida de mierda será porque así lo sienta". No encuentro otra forma de entender los tiempos de este mundo sin conocer antes los míos.

Dejo de esperar y decido parar yo: me levanto -tarde-, doy de baja la inscripción al examen, llego a la oficina, completo el telegrama de renuncia, devuelvo el celular que tenía de sobra, agarro el mío, escribo un mensaje de WhatsApp y lo guardo sin esperar una respuesta. Me cambio la camisa por una remera, compro una birra

en el kiosco que me queda de paso, arranco a caminar y empiezo a sentirme un poco más libre de mi propio peso.

A los pocos días, ya lo veía a él bajando del micro. A partir de ese momento, mis fantasmas dejaron de esfumarse y empezaron a fugarse por su cuenta. Porque otro, con total preponderancia, se venía asomando y, al parecer, no entrábamos todos en el mismo espacio.

—¿Estás bien?

—No.

Se prende y se apaga. Se apaga y todo mi viento sopla en el intento de volver a encenderlo. También a mí me apaga a veces. Pero siempre me queda algo de chispa y aire para reavivar mi propia llama. Aunque en estos instantes ni siquiera se pueda respirar: el ambiente se tensa y asfixia cada vez más.

Así es cada tanto: desaparece. Su cabeza viaja a otro mundo paralelo donde no deja entrar a nadie más que a él y a sus miedos. Su risa se apaga y sus ojos ya no me transmiten nada más que vacío. Ese vacío que intenta opacar, pero que siempre, en algún descuido, él mismo y sin querer, deja que yo lo vea. Agarro un papel y escribo: "Traeme a esa sonrisa de vuelta que quiero hacerle el amor hasta que la tormenta desaparezca, aunque en el intento nos terminemos mojando los dos, porque cuanto menos te quieras, más voy a querer que te quieras como te quiero yo". Lo hago un bollo y lo tiro.

—¿Qué pasa?

—No sé.

—Dale, ¿qué pasa? Estabas bien hace un rato.

—Nada.

—Estás un poquito raro.

—...

—Vos sabés que si no ponés de tu parte yo no tengo forma de darte una mano, ¿no? —cabecea con un sí.

—Es que no quiero… no sé cómo se dice… decepcionarte o algo así.

—No digas boludeces. Vamos a caminar un rato.

Si nos animamos a hacer-nos- preguntas, así no siempre a priori sean las más correctas o precisas, puede que lleguemos a algún lado. Pero si elegimos no hacernos al menos una, estamos eligiendo quedarnos en ninguna parte. Yo preferí no saber. Y la ignorancia, tarde o temprano, termina lastimando con su otra cara: la verdad.

Ya pasaron varios días desde que lo dejé en Retiro y cada vez aguantamos menos la distancia. A veces nos enojamos entre nosotros hasta que a la fuerza entendemos que esto también forma parte de lo que elegimos. Nunca sabemos si es que habrá una próxima vez. Y si la hay, no sabemos cuándo. Pueden pasar días, semanas, meses. Por donde miro, piso y toco solo detecto incertidumbre. De a poco, empiezo a encontrarle el sabor amargo a esto de “no saber y tirarse igual”.

—Colgué.

—¿Eh? ¿Cómo que colgaste?

—Sí. Colgué. Pero no lo hice a propósito. No me di cuenta.

—Dale boludo, no nos vemos tan seguido como para que te olvides de que venías para acá este fin de semana.

—No me olvidé. La plata que tenía la usé para salir con los chicos y me colgué en avisarte que al final no iba para Buenos Aires. Pero bueno, ya está, ¿qué querés que haga?

—Que te vayas a cagar.

—Ok.

El amor en tiempos de redes es complicado. Que si está en línea, que si nos clava el visto, que las dos tildes grises, que las dos tildes celestes, que una sola, que si se conectó pero no vio nuestro mensaje, que si vio el palazo que le tiramos por las historias de Instagram, que si lo bloqueamos y volvimos a desbloquear. El mutuo *stalkeo* con un perfil trucho que armamos y con el que se nos escapó un *like* en una foto de la prehistoria. Poner nuestra cuenta pública para que nos vea, arrepentirnos y pasarla a privada. Borrar la foto de perfil de WhatsApp para que piense que eliminamos su número y creer en la ingenuidad y la pelotudez de que así, nos va a querer hablar. Que cuánto tiempo pasa desde que no nos escribe, que empiece la conversación él/ella, porque la última vez la empezamos nosotros. Agotador. Cuánto tiempo perdido mirando una puta pantalla. ¿En qué momento las personas nos convertimos en esto? Digitalizar el amor en este nuevo milenio es muy fácil. Así, con estadísticas digitales medimos cuánto le importamos y dejamos de importarle a alguien.

Marcos en el gimnasio. Marcos sacándose una *selfie* con cara de naipe. Marcos escuchando el mismo tema de Carla Morrison que antes escuchábamos tirados en su sillón. Marcos en una juntada con amigos. Marcos tirando palazos por Instagram. Marcos. Marcos. Marcos. Se siente como si cada uno de mis sentidos se conjugaran entre sí y lo único que pudieran percibir sea Marcos.

Salgo de la facultad, camino hasta Puerto Madero y me quedo sentado en uno de esos bancos que siempre construyen para más de uno. No me llama para nada la atención pasear por este barrio un domingo por la tarde, pero me transmite inmensidad, nostalgia y asombro cuando lo recorro un lunes por la noche. Pienso en las preguntas. En que la ciencia me enseñó que no importan tanto las respuestas porque siempre una pregunta desencadena en otra y otra y otra. Así, sucesivamente, hasta que la asíntota de nuestras curiosidades llegue al límite que roza con la "verdad". Y pienso: hoy, yo soy esa asíntota queriendo llegar al límite de todas sus verdades. No sé hasta dónde me permita avanzar, pero si pude cruzar ida y vuelta cada uno de mis extremos las veces que quise, al menos, quizás, pueda bordear uno de los tantos suyos.

¿Qué cosa podría decepcionar a alguien de uno que también lo decepcione a uno de sí mismo?

Pienso, pienso y pienso. Marcos. Marcos. Marcos.

Es viernes. Estoy tomando un trago en un boliche de San Telmo, con las pibas. Y en toda la noche lo único que me da vueltas en la cabeza es esa pregunta. Voy al baño, me encierro en una cabina, me quedo apoyado en la pared y me cuelgo mirando una ventana que me observa entreabierta. Pienso en que, quizás, él siempre mantuvo su ventana a medio abrir, para que el que así lo quisiera, pasara y descubriera sus miedos, frustraciones, inseguridades y secretos. Pero todo este tiempo estuvo tan seguro de que nadie se animaría a hacerlo, que ni siquiera se molestó en cerrarla. Excepto ahora. La veo, está ahí arriba. Centenares de personas también la habrán visto como yo la estoy viendo ahora, pero no quiero romperla, ni evadirla, ni cerrarla. Necesito ver todo lo que hay del otro lado. Pero no me alcanza con mirar desde afuera. Quiero entrar, conocer y sentir en carne propia el mismo frío que él siente.

Trato de patear la ciencia para otro lado que no sea este lugar. Necesito apagar las estructuras que siempre gobiernan mi cabeza. Quiero dejarme llevar por mi intuición. Tengo que tenerla por alguna parte. Pero se me hace imposible. La parte cognitiva no puede evitar entrometerse en cada cosa que presiento: lo entreveo a él cerrando y apretando muy fuerte sus ojos, como haciendo algo sin el deseo de hacerlo, pero también sin tener otra opción.

"Pero, ¿qué te dijo cuando le preguntaste?". "Que no tenía sentido contármelo ahora porque ya no estábamos juntos". "¿Tendrá hijos?". "No, no tiene hijos". "¿Y si ya tenía novio cuando te conoció?". "No creo que tenga novio". "Ya sé. Está enfermo de algo". "Pero ¿por qué eso me decepcionaría?". Éste era el enredo de preguntas y respuestas que tirábamos haciendo la previa con las pibas unas horas atrás. Hasta que se presentó la primera pregunta correcta: "¿Ese pibe de qué trabaja?". "No trabaja. No estudia". "¿Y de dónde saca la guita para viajar, para salir, para comprarse

ropa?". "Capaz lo mantiene el amigo, o los viej…". "Llegó el Uber, vamos".

Mis párpados generan presión sobre mis ojos y siento un balbuceo en ese punto exacto de mi cuello. Signo de que mi intuición cognitiva le está dando justo en el clavo. Me acaba de caer la ficha.

Agarro mi celular, busco señal, no la tengo. Voy afuera, prendo un pucho. "La puta madre, estoy temblando", afirmo innecesariamente en voz alta. Saco la tarjeta de crédito, estoy rogando tener disponible. "Pago procesado". Volvemos con las pibas y les digo: "En dos horas sale el micro para Colón. Pero esto es lo último que voy a hacer por este salame". Llego a mi casa, me baño, estoy muy mareado. Con más vodka que agua en el cuerpo, preparo el bolso y me tomo el subte a Retiro. Me llega un mensaje de mi vieja: "¡A que no sabés quién apareció! ¡Mi tío Juan! ¡Después de tantos años! ¡No sabés lo feliz que estoy! Hoy viene a almorzar a casa. ¿Venís?" Le contesto que no puedo, que estoy viajando. Me pregunta a dónde y a qué estoy yendo y ya no puedo contestarle más. Yo tampoco sé a dónde voy a parar ni a qué estoy yendo. Pero más que una ventana entreabierta, siento que me espera una pared muy firme y mi cabeza está lista para lo que venga.

La curiosidad mató al gato. Pero el gato murió sabiendo.

Bajo del micro, nos encontramos, me abraza fuerte y hago de cuenta como si esa muestra de afecto no me llegara en lo absoluto. Entramos a su casa, deja el bolso que trae de no sé dónde, se saca la remera y me come la boca. Aunque todavía le queda algo de aire

para respirar encima de mis labios un “te extrañé un montón” y seguidillas de “te quiero”. Me abraza, me sonríe y me tira a la cama. No deja de pellizcarme por todos lados. Me recibe como un perro cuando no ve a su dueño por días.

Otra vez en esa casa. Otra vez el desfasaje de tiempo en nuestro universo. Otra vez sonando Carlita Morrison con nosotros acostados en el sillón. Otra vez dejo de escuchar todo lo que pasa alrededor. Lo tengo durmiendo conmigo, encima de mi pecho. Se despierta en plena madrugada, mira para todos lados, me busca, me encuentra, me abraza más fuerte y se vuelve a dormir. Qué lindo se siente ser feliz con cosas tan simples. Tomar unos mates con él mirando el río, verlo caminar, caminar con él de la mano mientras que con la otra se está morfando un chipá. Nunca deja de comer este pibe. La ternura que me transmite escucharlo decir palabras que ni siquiera entiendo, como “goyete”, “estudiantina” y otras sartas de boludeces más. Sentirlo respirar agitado en el intento de pedirme que -no- deje de acariciarlo. No me importa si mañana es lunes y hoy no se vuelve conmigo, porque el tiempo en el que vivimos nunca dejamos de estar juntos. No entendía cuando me decían cosas como que la felicidad estaba en los detalles, en lo simple y en lo cotidiano. Creo que nadie lo entiende hasta que siente cada uno de estos detalles en su propia piel. Trato de pensar en el aquí y en el ahora, de guardar cada instante, cada cosa que miro, que siento, que huelo, de escuchar su risa y grabarla en mi cabeza, porque soy consciente que después de esto, no hay más después.

—¿Te acordás cuando dije que no quería decepcionarte?

—Sí —a eso vengo.

Se me hace un nudo en la garganta. Su voz ahora no es más que un murmullo invadiendo mi fondo. No puedo detectar nada de lo que me está diciendo. Ya escuché lo que tenía que escuchar y mi mente se aturde de tanto balbuceo. Creo que siempre, incluso sabiendo que se nos viene un baldazo de agua, no podemos evitar la sensación de frío una vez que lo recibimos. Mantiene su cabeza inclinada al piso mientras que yo solamente atino a mirarlo y decirle lo primero que logro expulsar en el intento de desatar este nudo: "Mirá Marcos, yo te quiero un montón, pero creo que ya sea éste u otro el motivo, en vos está la decisión de seguir con esto. De mi parte nunca te presionaría a resolver tus mambos para poder estar conmigo".

Hay solo una desventaja con la que corremos en una interminable lucha entre nosotros y el miedo. Y es que el miedo siempre está ahí, ansioso y expectante, no a que alguien lo enfrente, sino a que la persona a la que le pertenece haga algo con él. Para combatir a un miedo primero tenemos que conocer su nombre. Y esto es algo que solo sabe quien porta ese miedo. Aunque lo intentemos, ningún miedo permite que alguien se interponga. Es cosa de a dos. Y uno, desde afuera, solo puede quedarse mirando cómo le van matando cada vez más el alma a esa persona que hace solamente unos minutos atrás estaba llenando la de uno. En fin, yo no puedo hacer nada que él no quiera hacer por sí mismo.

—¿Seguro no querés que te acompañe?

—Sí, seguro. Quedate.

No llego ni a la esquina que se me inundan los ojos. Si antes me costaba escuchar, ahora tampoco puedo ver dónde estoy pisando. Me pierdo por las calles caminando hasta la estación de micros. Me gustaría poder dejar de sentir, aunque sea por un rato, y que se me

vaya esta sensación horrible pero completamente real de saber que esto no se va a dar. Me quedo haciendo tiempo hasta que salga el micro, sentado en el pasto, en frente del río Uruguay recibiendo en ese momento el primer cachetazo de realidad desde que habíamos empezado con esta tramoya: este pibe no me quiere. Quiere hacerlo, pero no sabe cómo. No sabe querer, pero necesita que lo quieran. Quiere sentir que alguien lo quiere. Tiene una necesidad enorme de vivir algo así. Pero no tiene intenciones de lastimar a nadie en ese arduo intento de querer y sentirse querido. Se desconcierta solito en el querer ajeno cuando apenas lo huele. Se escapa cuando le tiran algunas migajas de amor. No sabe para dónde disparar. Improvisa. Y esto es lo que le sale hacer.

Es acá cuando me doy cuenta de que le había mentido: la decisión de seguir o no con esto no estaba en él, sino en mí.

Me suena el celular. No quiero atender. Atiendo.

—¿Dónde estás?

—… —no contesto. Quiero saber dónde nos quedamos nosotros.

—¿Dónde estás? ¿No llegaste al micro?

—Estoy haciendo tiempo, cerca del río.

—Pero, ¿dónde? Te estoy buscando hace rato.

Aparece. Y con él aparece otra vez el abrazo, y otra vez el te quiero, y otra vez sentados en el pasto mirando al río mientras el aire de derrota cae encima nuestro y por su propio peso.

—¿Te sale tirar una piedra y que rebote en el agua?

—No sé.

—A ver gordo, intentalo —no sabés cómo lo estoy intentando, salame.

—No me sale.

—¿Por qué a veces rebota y otras veces no? ¿Sabés?

En primera instancia siempre se cree que el factor más importante para que una piedra rebote contra la superficie del agua es la velocidad de la piedra y su forma. Pero en realidad, los factores más importantes son el ángulo de choque respecto a la superficie del agua, el giro de la piedra y la posición de la piedra al momento del choque.

En primera instancia siempre creemos que para soportar algunas situaciones tenemos que alterar nuestra forma natural, adaptarnos y pasar estas situaciones lo más rápido que podamos sin mirar atrás. Pero en realidad, lo mejor que podemos hacer mientras las vivimos, es mirarlas desde otro ángulo, posicionarnos bien para encararlas y una vez que estemos en el aire, empezar a girar. Aunque no sepamos si al final vamos a hundirnos o seguir soportando un poco más hasta llegar desparramados a alguna orilla. En este momento me siento esa piedra. Y vos no dejás de arrojarme a todos nuestros ríos.

Estamos callados. Creo que fue tanto el ruido que hicimos este tiempo, que el afuera nos enmudeció de un sopetón. Pero siento que nos estamos entendiendo más en el silencio de cada uno que en nuestro propio barullo. Quizá sea momento de decir menos y dejar que los hechos empiecen a hablar por sí solos.

Hoy es el día veintiuno. Hace veintiún días que te tengo acá conmigo desde que lanzamos esa piedra. Los dos, encerrados en estas cuatro paredes cargadas y repletas de todo eso que nunca supimos explicar. Y en el medio, en el medio no hay nada. Solamente estamos nosotros intentando llenar un espacio que cuanto más nos empinamos hacia adentro, más nos cuesta abarcar.

En estos veintiún días caminamos de la mano más veces de las que nos soltamos. Llegamos al punto de coger cinco veces en cuestión de horas, y aún así nunca nos parecía suficiente. Habitar tu cuerpo por instantes, comiéndote el cuello en la cama, la mesada, el piso, donde sea, mientras se te escapan uno, dos, tres, incontables te amo, fue la mejor y peor combinación que haya experimentado hasta ahora. Te vi llorando a cara tapada con las dos manos. Y yo te di las mías porque me di cuenta de que las tuyas no alcanzaban para cubrir tantas lágrimas. Porque vi que se te escurrían de entre los dedos junto con la bronca y la impotencia que sentías por haber querido a alguien que se cagó en vos. Yo te decía que no podemos cambiar nuestra esencia ni nuestra forma de ser simplemente porque a alguien se le haya ocurrido hacernos mierda. Pero al fantasma lo tenés tatuado en tu muñeca. Y cada tanto, siento como lo -te- abrazás.

Tus manos me acarician la espalda. Estoy despierto pero hoy prefiero hacerme el dormido para que no dejes de hacerlo. Creo que es la última vez que voy a sentirlas y mi piel me ordena que no sabotee este momento Me decís te amo. Te das media vuelta y te dormís. Vos no me escuchás, o eso quiero creer, pero te contesto que también intento amarte. Estos veintiún días y yo intentamos amarte mucho más de lo que te estás queriendo a vos mismo. Sé que estamos enojados y que te vas en un par de horas. Y que cuando te vayas, no sé cómo voy a hacer para seguir acá. Sé que

aunque lo hayamos intentado no funcionó. Que no importa cuántos días pasemos juntos ni la cantidad de veces que me digas cuánto te gusta estar conmigo, siempre va a existir un nuevo caos para descubrir en vos que destruya todo lo anterior. Y es con ese caos justamente con el que tan enojado estás. Sé que no es conmigo. Y es por eso mismo que no te pido que te quedes.

Unas chispas no bastan para provocar un incendio entre dos personas. Sobre todo, cuando el miedo está ahí, invocando un diluvio que apague cualquier intento.

Magalí Tajes

Estoy en la oficina y no sé si enfrente tengo una máquina o un espejo. Es viernes pero lo menos que quiero es que lleguen las… cinco de la tarde. Ficho la salida. Voy al Roca. Tomo el tren. No quiero pensar lo peor. Subo al subte. Bajo en el Centro. El Obelisco es un quilombo. Llego a la esquina y no te veo. No estás esperándome con una sonrisa, parado como todos los días en la puerta del edificio como cada vez que volvía de laburar. No quiero subir al ascensor. Entro y no veo tu bolso ni el mate que tenías siempre preparado para nosotros. No veo ni siquiera un papel con un mensaje, no te veo. Entro al baño, tampoco estás. Vuelvo a salir, vuelvo a entrar pero no te encuentro. Sigo dando vueltas en círculos en un monoambiente, como si algo se me hubiera perdido. Me siento en el piso, me sostengo la cara con las dos manos, porque no tengo las tuyas. Se me cierra el pecho, se me hace un nudo en la garganta, tengo la boca seca, me cuesta respirar. No te veo, no me veo, no nos veo. ¿Dónde estamos? ¿A dónde te fuiste?

Creo que no hay nada más para ver. Miro el último mensaje tuyo de ese mismo día: "Pensé que vos me ibas a pagar el pasaje de vuelta". Qué increíble que eso sea lo único que tengas para decir. El pucho me tiembla en las manos. La bronca inunda mis pies y pateo la mochila contra la ventana, llega hasta mis puños y los rompo contra la pared. No quiero que la bronca siga subiendo, pero es inevitable: cruza mi garganta y me rebalsa por los ojos. Me quedo dormido. Ya no estamos.

Nunca entendí a esas personas a las que se les derrumbaba la vida entera simplemente por haber terminado una relación. "Qué gente más inmadura y ridícula. Hay cosas peores. Las personas son muy exageradas". Eso, hasta este momento, que siento como si todo lo que tocara dependiera de un hilo. Y no de cualquier hilo, sino más bien, del nuestro. Tenso pero frágil.

Cuando nos enamoramos, nuestro cerebro libera ciertas sustancias químicas a sangre en composición justa: serotonina, dopamina, oxitocina y adrenalina son solo algunas. Sustancias que nos hacen percibir de otra manera lo que nos rodea y lo que nos invade. Vamos a trabajar más contentos, preparamos un parcial con muchas más pilas y viajamos en transporte público a las siete de la mañana con una sonrisa. Pero cuando estas sustancias dejan de liberarse de forma nivelada, las buscamos cada vez más y más en cualquier parte mientras la abstinencia y la ansiedad nos van comiendo la cabeza, el cuerpo y el alma. El efecto es similar al de una droga altamente adictiva. La cagada, es que el amor no es una droga que se consiga en cualquier esquina donde veamos dos zapatillas viejas colgando de un cable o un poste.

Estoy desconcertado. Me habla mucha gente a la vez y no puedo prestarles un mínimo de atención. Opinan, putean, juzgan y hablan porque sí. Todavía nos escucho hablar esas cosas que nunca nos dijimos por primera vez.

Van veinticinco -y contando- las veces que cruzo la Nueve, Libertad, Talcahuano, Uruguay, Paraná, Montevideo y Rodríguez Peña hasta llegar a Callao y pegar la vuelta por Corrientes con los auriculares pegados al Chano. "Algo habré perdido que ando tan comprometido en buscar adentro tuyo algo que está adentro mío y…". Duermo poco y sueño mucho. No sé qué. Pero siempre te veo a vos. Y me cuesta volver cuando te tengo tan cerca. Salir los fines de semana a cambiar un poco el aire no se convirtió en más que volver a las seis, ocho o diez de la mañana con un brote de lágrimas ocultas en el bolsillo a punto de descoserse. No importa qué aire intente renovar, siempre va a estar el tuyo dando vueltas por alguna esquina de Buenos Aires contaminando el poco aire que me queda para seguir respirando las cosas que todavía -creo- me pertenecen. Lo único que conecta Buenos Aires con Colón en este momento son las calles que caminamos juntos y este nudo en mi garganta, que cuanto más nos alejamos, más se fortalece. Puedo sentir cada tirón que pegamos de esta soga.

Necesito salir de esta versión de mí que desconocía hasta ahora. Te extraño y no tengo ni idea qué está pasando con vos trescientos kilómetros más arriba. Es frustrante intentar entender tu silencio si seguís sonando con cada mensajito que mandás. Aparecés y desaparecés. Aparecés y me hacés desaparecer. No aparecés y me desespero. Ni con vos ni sin vos. Así estamos. Así es como me tenés sin tenerme, salame.

Aceptamos el amor que creemos merecer.

Las ventajas de ser invisible. Stephen Chbosky

Pasaron cincuenta y siete días y medio y me sigo quedando atrás. No siento nada. Cero. Me veo más lejos de mí que de cualquier distancia posible que nos pueda llegar a estar separando. La impotencia me está comiendo la cabeza y se ve reflejada en mi cuerpo. Ya perdí el temple de mirarme en algún espejo. Siento vergüenza cuando me veo. Quizás esté confundido. Quizás el amor sea otra cosa, y no esta especie de caos eufórico que me arruina en cada te extraño tuyo que recibo. Necesito entender. Googleo extrañar: Sentir la falta de algo o alguien. Sinónimo de desterrar y de rareza. Me parece raro sentir la falta de alguien que nunca me dio algo e incluso así, sentir la necesidad de desterrar. Creo que según la RAE no te extraño. Pero sí te extraño en cada uno de nuestros idiomas.

Muchas veces, en el intento de forzar algo imposible, de ganar una batalla, no nos damos cuenta que puede implicar más una pérdida que una ganancia. Ya no tengo intenciones de seguir jugando a perdernos. Y tampoco puedo seguir estando en dos lugares al mismo tiempo. Hace ya varias semanas que mi celular no suena. Y te veo descansando un poco de tus propias ganas. Pero un domingo de noviembre a las seis de la mañana recibo un audio tuyo mientras estoy comiendo en McDonalds después de haber salido a "cambiar el aire" a un bar: "Gordo, te quiero, te extraño". Tu audio tiene mucho boliche, algunos amigos y muy poca modulación. Escuchar esto me remonta a esa persona que para largarme un te quiero, tenía que tener en sangre una dosis de alcohol mayor que de valentía. Atrás se escucha a alguien

preguntándote quién soy y vos no dudas en responder: "Es mi gordo". Escucharte decirles a otros quién soy para vos no me hace descubrir realmente qué es lo que querés conmigo ni qué valor tengo para vos. Quiero que me digas en voz alta lo que seguís manteniendo como secreto. El desconcierto ya no sabe qué hacer para entenderte.

—¿Todo bien? ¿Pasó algo? ¿Quién era?

—No, nada. Nadie. —demasiadas preguntas para habernos conocido solo un par de noches.

—No creo que nada o nadie haga que te pongas así.

—¿Así cómo?

—Le estás poniendo sal a la gaseosa.

—La concha de la lora. Todavía estoy en pedo. Dejo la bandeja y vamos para casa.

—Maxy.

—Sí.

—Vos no querés irte conmigo. Y se nota en tu cara de orto cómo te jodió ese audio. Así que hagamos una cosa. Vamos hasta tu casa, total estoy con el auto y a mí me queda de paso. Me gustás, en serio. Pero a vos te pasa otra cosa.

Otra vez no pude esconderte y te dejé escapar. Y de nuevo se me despiertan estas ganas aberrantes de volver a vos. Nos perdimos pero nos seguimos reteniendo.

Yo, te hablaba de perdernos, no de perdernos.

Marwan

Diciembre: "No sé cuándo te veré, si es que algún día volveremos a vernos, pero si pasa, me gustaría que aunque sea compartamos algunas cuadras juntos". La vida es lo único que pasa mientras nos sentamos a esperar, salame. Te extraño, pero ya no te espero.

Ya estamos, casi, en enero. A esta altura, ya no tengo ganas de escucharte ni un poquito. El interés de a ratos no funciona. No me sirve. Y hace ya tiempo que con mi enojo empezamos a hacer nuestro propio ruido. Porque sí, estoy enojado. Enojado con esa persona que hace unos meses dijo que iba a hacer cada cosa que sintiera sin reprimir ningún tipo de sentimiento en el intento. Estoy enojado conmigo. Pero mi caos no se queda callado como el tuyo. Mi caos destroza lo que ve al paso. Y es por eso que tengo tanto miedo. Porque al paso estoy yo y todo lo que vengo construyendo hasta ahora. Porque no quiero volver a ser el de antes, no quiero cerrarme, no quiero guardar rencores que me hagan ser alguien que no soy, ni que despierten reproches que ya había olvidado, no quiero odiarme por haber tomado las decisiones incorrectas. No quiero ser vos. Quiero ser libre de vos, pero también, de mí.

Esa facilidad que tenés para ser el bajón más eterno y la primera seca que siempre me hace reír.

No empecemos el año nuevo con errores viejos, me repiten constantemente. Como si uno fuera capaz de reiniciarse a las 00:00 hs del primer día de enero. Yo no, pero vos sí tenés esa increíble facilidad de apagarme, reiniciarme y ponerme en pausa cualquier

día y hora del año que quieras. Quiero volver al principio de esto. Necesito entender cómo pasó tanto en tan poco tiempo. Si es que dejamos de entendernos cuando nos expulsó nuestro microuniverso o si en realidad nunca existió. En qué momento dejaste de ser y empezaste a fingir. Ya no sé cuándo eras y cuándo fingías ser alguien que no se conoce.

Ya son incontables las veces que te escucho decirme que sí, que me querés, que te sigue pasando lo mismo, que nada cambió desde ese último abrazo que tanto me repetís que necesitás, pero que es la forma en la que te ves -o te percibís- lo que te impide darle para adelante con lo que era nuestro. Salame, la única forma de saber cuán bajo podemos caer es dejándonos caer. Y mientras yo estoy en caída libre, a punto de tocar fondo, vos seguís tambaleando en la cornisa de tus emociones. Vos sos, tu propio vértigo. Y yo no tengo vértigo que frene esta caída.

Lo que hacés habla tan alto que ya no puedo escuchar nada de lo que estás diciendo.

Ralph Emerson

En febrero te acercaste más a vos: "Estuve conociendo a alguien. Pensé que se trataba de algo más pero me di cuenta que era solamente una calentura y cada vez que me voy a dormir siento la necesidad de abrazarte y besarte. Es ahí cuando me doy cuenta de que realmente lo que quiero ya no lo tengo. Creo que me pasa por no darme cuenta de lo que tenía en su momento. Y ahora pago las consecuencias con esto. ¿Se entiende?" No puto. No se entiende nada. Llegaste al punto de subestimar no solamente tus propios

sentimientos sino también los de la persona que, según vos, todavía amás.

Me acuerdo de ese juego con el que nos divertíamos matando el tiempo en el Obelisco en uno de los veintiún días que pasamos juntos: encontrar palíndromos. No se nos ocurrió ninguno en ese momento. Pero encontré uno que te puede servir de ayuda:

RECONOCER

Si no reconocemos a cada momento lo que sentimos y lo aceptamos tal cual es, ¿cómo es que pretendemos después reconocernos a nosotros mismos tal cual somos?

Buenos Aires ya no parece tan enojada. Y yo tampoco. Muy de a poco nos vamos amigando con sus calles y sus lugares. Cuando llega la noche me abraza con sus luces y cuando amanece me llama con sus ruidos. Ya pasé por todas las etapas que, según dicen, son necesarias para superar cualquier corte: negación, odio, depresión, y aceptación. Todavía, siento que la vida me debe el aprendizaje.

Marzo se disfraza con sus carnavales. Saco los pasajes para viajar a Colón y Gualeguaychú con las mismas pibas de siempre. La pienso, la dudo bastante. Demasiado. Pero cierro los ojos y digo en voz alta: "Que sea lo que tenga que…". Me llega un mensaje de WhatsApp de Marcos con sus ganas de verme en el mismo momento que me cae un mensaje de mi hermana: "Mami se cayó en la escuela, se fracturó la cadera y la están llevando al hospital". Y unas palabras me golpean la cabeza instantáneamente. Algo que

había escuchado en un show de Stand Up, El Innombrable de Angie y Vir Sammartino, hace unos meses atrás en el teatro Chacarerean: “A veces, es difícil entender que hay cosas que por más que quisiéramos que se den, si no son el momento o el espacio justos, simplemente no se dan”. A partir de ese momento, había empezado a aceptar algunas cosas a la fuerza. Y hoy, siento que son estas mismas cosas que acepté las que nos impiden volver a encontrarnos. Pero así es como debe ser. Ya no hay vuelta atrás.

Einstein descubrió que el espacio y el tiempo son relativos a un punto de referencia -y no conceptos absolutos-, en la misma época que el psicólogo suizo Carl Jung estudiaba la idea de las “coincidencias significativas”.

La Novena Revelación. James Redfield

Esas dos personas paradas arriba del escenario no eran ni Einstein ni Carl Jung. Pero definitivamente me habían dejado en claro una cosa: perdimos nuestro punto de referencia. Estamos totalmente desincronizados y por fuera de cualquier teoría que gobierne al universo, ya sea una científica como la de Einstein, o una psico-espiritual como la de Jung. Este universo ya no es compatible con el nuestro. Y nosotros ya no tenemos forma de coincidir.

Claramente, el único tiempo y espacio en el que podíamos estar juntos era el de ese microuniverso que habíamos construido, totalmente incompatible con el tiempo y espacio del mundo real. Y ahora, que tal universo ya no existía, solamente tenía una opción: quedarme a vivir en el mío.

—Y bueno, por algo se dio así —no puedo decirle otra cosa.

—Yo creo que uno no tiene que conformarse con lo que se le presenta o quedarse solo con eso, sino ir por más.

La hipocresía nace de la idiotez de no escucharse ni observarse. Marcos, evidentemente, tenés algunos sentidos fallados.

—Qué tema el nuestro.

—… —el tuyo, pienso.

Tenés guardado un te amo que se te está complicando esconder, un te extraño que cada tanto dejás escapar y unas cuadras conmigo que algún día decís querer caminar. Tenés las ganas y la necesidad de volver a abrazarme. Tu cabeza más clara, el corazón un poco menos roto, las ideas más acomodadas y hasta tu voluntad tiene las intenciones de encontrarnos algún día. Tengo tus buenos días y tus buenas noches, tu interés en saber cómo estoy, qué hago y dejo de hacer. Te hablo de cómo me siento y cómo quisiera sentirme y vos me escuchás. Esto, unos meses atrás, hubiera sido perfecto. Siempre desfasados en tiempo. Vos te quedaste en el tuyo y yo estoy arrancando a entender los míos en el mismo momento que ya no me importa seguir entendiéndote.

10 de mayo de 2019. Mensaje de Puto.

—Maxy, no quise intentar conocer a alguien, es que no la venía pasando nada bien tampoco. Me sentía como frustrado, totalmente solo y con ganas de estar con alguien, con ganas de compartir cosas, quererlo, etc. No lo veo como un intento, más bien fue

como una necesidad, algo súper distinto a lo que me pasó con vos. Y al apresurarme a querer tener eso me llevó a otra decepción, no del flaco, sino de mí, por buscar y conformarme con algo que no era mío. Cuando me preguntan cuántas parejas tuviste, les respondo que solo tuve una. A vos no te cuento. Tal vez pensarás que estoy fumado o queriendo tejer algo que ya no va más. Pero no te cuento porque siento que aún no terminamos. Siempre hablo de vos con Mati. Pienso en vos, no todos los días, pero cuando lo hago me quedo mudo y me acuerdo de lo bien que estaba con vos y que por pendejadas y miedo cagué absolutamente todo.

Amemos cuando estemos listos. No cuando estemos solos.

Walter Riso

A veces creemos que nos conocemos, que sabemos absolutamente todo acerca de nosotros y confiamos en eso. Tenemos la sensación de que llevamos mucha mierda adentro y que eso puede decepcionarnos tanto a nosotros como a otros. Entonces decidimos no vivir algunas cosas por el mismo miedo a vivir. Pero al fin y al cabo lo único de lo que nos podemos decepcionar es de no haber hecho lo que sentíamos en el momento que debíamos hacerlo. El resto, es solo cuestión de sacar a flote nuestros propios defectos y aprender a convivir y *conmorir* con ellos en cada decisión que tomemos.

—No sé a qué querrás llegar con esta conversación. No sé qué estarás buscando. Es un poco raro lo que me estás planteando. Porque me estás diciendo que conmigo tenías todo lo que querías, y fuiste a buscarlo en otros flacos. Y hasta acá te podría llegar a

entender. Alguien nos quiere, se abre, da lo mejor de sí, pero uno no siente lo mismo y sale disparando. A veces eso pasa. Mala suerte, ¿qué se le va a hacer? Pero vos me estás diciendo que te pasaban e incluso pasan un montón de cosas, que te hacía bien estar conmigo, que me querías, que sentíamos lo mismo. Entonces no entiendo por qué no seguimos juntos. Corregime si me estoy equivocando.

—No. No te equivocás. Incluso varias veces te dije que te amaba.

Wau. Hubiese preferido que me digas que no te pasaba lo mismo. Que al principio creíste que sí, pero después no. Que seguías hasta las bolas con tu Voldemort. Alguna de esas tantas boludeces que se dicen. Pero nadie me había dejado hasta ahora por quererse tan poco.

—Lo único que quiero es cerrar los ojos, enchufarme los auriculares, escuchar tus audios e imaginarme que estoy al lado tuyo. Porque últimamente pienso mucho en vos, en que me querías y de verdad. En lo que estaríamos haciendo ahora si estuviésemos juntos y en muchas cosas más. ¿Podemos vernos y ver qué pasa? A ver qué se da...

—Y, no. Eso, justamente eso es lo que veníamos haciendo hace meses atrás, salame. Sería como hacer más de lo mismo.

Y esta vez, tu eco ya no me hace ningún ruido. Porque ese último retazo de amor tuyo, llego a destiempo. De nuevo.

No conozco a tu corazón

no sé por dónde empezar

pero puedo sentirte borrando

los ríos en los que -me- estuve ahogando -dibujando-

Cuanto más quieto me quedaba

más rápido corrías

no sabés cómo se siente

arrastrarse por debajo de tu piel

Lejos, tan lejos

vos no sabés lo que pudimos haber sido

Alto o abajo

nunca estuviste por debajo mío

y yo preferí dejarte

pero nunca pude olvidarme de vos

No puedo ser tu amigo

sostenerte la mano mientras llorás

no me queda nada para darte

nada más que necesite dar

Es momento de ponerlo a dormir

el dolor fue muy real

pero nada me cortó tan profundo

que no haya podido sanar.

Hi-Lo. Evanescence

Y sí, ya no hay nada más que pueda darte. Al menos nada que yo necesite. Pero no sabés todo lo que me costó dejar ir lo que siempre quisimos. Sonrío, tranquilo. Porque al fin llegó la etapa del aprendizaje:

Todo lo que te daba era exactamente lo que necesitaba darme. Y cuando quise darme cuenta, ya tenía mi primera pieza.

Había ciertas cosas o actitudes de Marcos que no podía tolerar ni siquiera un poco. Pero no casualmente, eran estas mismas cosas y actitudes las que me hacían quererlo: cambios repentinos de humor, inseguridades, la constante incertidumbre a la pregunta ¿y ahora por qué estoy así?, si nada malo pasó hoy. Ideas revueltas. Querer por la noche lo mismo que se deja de querer a la mañana siguiente. Que piense que algo anda mal con él, sin siquiera saber lo que lleva adentro, sin conocerse. Aparecer y desaparecer. No entender qué le pasa y que le gane el cansancio en la lucha interminable de querer hacerlo. Creer que su forma de sentir, ser y pensar no son normales. Que no sepa por qué llora, pero tampoco pueda dejar de hacerlo. Ni por qué se ríe, pero que no pueda parar

de fingir esa risa. No querer estar hoy -aunque hoy sí tenga las ganas- porque quizás mañana se arrepienta y después no soporte la culpa por haber generado una decepción en alguien. Mostrar personajes inventados, sin que el mundo se dé cuenta, y llegar a tal punto de no reconocerse. Preferir el silencio, quedarse callado, aunque la cabeza esté abrumada de gritos y preguntas. Ir por la vida cerrando sus propias puertas para que nadie entre, aunque siempre deje una ventana entreabierta. Y miedo, mucho miedo a que no haya una solución posible para ese caos.

Todo ese tiempo que estuve con él, de principio a fin, en realidad estuve lidiando conmigo. Con un yo del pasado que antes se sentía de la misma forma pero que nunca aprendió a darse lo que necesitaba. Y que hoy, tenía miedo de recaer en lo mismo. Por eso se me cruzó -lo atraje- en un momento específico de mi vida. Porque era justo donde necesitaba aprender de una vez por todas que nadie puede salvarme de mí más que yo mismo. Por eso la intensidad fue tan fuerte en el mismo instante que nos conocimos, cuando todavía ni siquiera habíamos generado un vínculo. Me dolía tanto cuando se lastimaba, porque la forma que teníamos de lastimarnos era exactamente la misma. Sus dolores eran idénticos a los míos. Y por eso podía entender y entrarle tan fácil a todo lo que le pasaba con solo mirarlo, porque en su mirada me veía en otro tiempo distinto. Aunque todavía, con las mismas cosas por aprender.

En Marcos vi reflejada la figura exacta de la pieza que me hacía falta. Pero no tenía ninguna que yo no haya tenido antes. Y si retrocedo un poco y me fijo en las personas con las que mayor intensidad, euforia y descontrol sentí en muy poco tiempo de haberlas conocido, todas comparten un mismo patrón. Son personas a las que intentaba darles lo que siempre me negué a

darme. Al fin y al cabo, consciente o inconscientemente, todo ese tiempo estuve intentando quererme y entenderme un poco más pero en otros. Y fue necesario dejarme atravesar por historias y personas para aprender -y aprehender- algunas cosas.

Quizás sea el momento de dejar de preguntarnos por qué siempre nos obsesionamos con personas que no nos aportan nada positivo a nosotros ni a la vida que queremos para nosotros. Ya somos conscientes de que no nos hacen bien. Pero por algo llegan. Y por algo también las aceptamos en nuestras vidas. Quizás sea el momento de dejar de perder tiempo en juzgarnos y empezar a usar mejor ese tiempo en observar qué es lo que tanto nos atrae de estas personas y en hacernos las preguntas correctas para encontrarle el lado útil.

Si después de haber detectado la pieza, de ser conscientes de que no es la persona, sino más bien sólo un rasgo, una característica, una "forma de" que nos traslada al pasado, preferimos elegirla a ella y no a nosotros, entonces seguramente tengamos que plantearnos otras preguntas diferentes. Yo pude haberme quedado con Marcos. Pude haberlo elegido a él y no a mi pieza. Pero preferí volver a un tiempo anterior. Porque algo me decía que si no aprendía esta vez, alguien más llegaría después, con quien repetiría el mismo patrón de búsqueda y de comportamiento. Como ya había pasado antes, mucho tiempo antes, de haberme revelado su intermitencia.

CAGÓN

No me alcanza con que me pidas perdón. Porque llegué a tal punto de no creer-te- que ya ni siquiera creo que vos sepas los motivos por los cuales hoy me estás pidiendo que te perdone.

No me alcanza con que me pidas perdón. Quiero que también te disculpes por haber sido un cagón conmigo y un pelotudo con vos.